



CARLOS R. ESTACIO, *La Tribu caníbal*, Editorial Alegoría, Sevilla, 2024, 446 pp., ISBN: 978-84-15380-86-3.

Basta, en el caso de quien ya no cumplirá los cuarenta y cinco, con recordar la vuelta desde el colegio, el beso a mamá y papá, el anhelado plato de comida, el *Telediario* de fondo, para comprender por qué *La Tribu caníbal* va a resultar casi indescifrable para los jóvenes. No tienen en sus mentes vocabulario con qué descifrar este libro: comando, *zulo*, *maketo*, tiro en la nuca, bomba lapa, casa cuartel, Irene Villa; después: *kale borroka*, el árbol y las nueces, Miguel Ángel Blanco. Ni las imágenes y sonidos, inolvidables, con que cada una de estas palabras fue quedando tallada, a cincel y martillo, en el magín de tantos hijos de los años setenta, ochenta y noventa.

Carlos Estacio (Sevilla, 1963), ha traído desde el fondo del recuerdo todo un repertorio de acontecimientos, ignominiosos en su mayoría, de las décadas sangrientas, entre los que destacan como un tesoro, las múltiples, dispersas, a menudo pisoteadas y solo a veces protagonistas, heroicidades cotidianas con que justos de mil sitios pusieron algo de luz luchando contra ETA. Partiendo del veinticinco aniversario del asesinato de Miguel Ángel Blanco en Lasarte el 12 de julio de 2000 (primera parte: “El crimen y sus contornos”), Estacio despliega un relato completo sobre el surgimiento y desarrollo de ETA y la respuesta de los sucesivos gobiernos nacionales y autonómicos, las instituciones judiciales, el entorno internacional y la sociedad civil (segunda parte: “Actitud hacia el terrorismo en las diferentes legislaturas”). Después aborda con éxito el reto de mostrar la crudeza de “la violencia de ETA” (tercera parte) y cómo consiguió, entonces y ahora, imponer “los poderes del miedo” (cuarta parte). Al final hace lo más difícil, contemplar sin engañar a nadie, tampoco a sí mismo, “el paisaje después de la batalla” (quinta parte), condición *sine qua non* para poder mirar “hacia el futuro” (sexta parte).

Llamarán desde muy pronto la atención del lector las licencias estilísticas, repetidas y enfáticas, con que Carlos Estacio marca el tono de su obra. Chocantes en algunos momentos, avanzando en la lectura —que, según sean las entrañas de cada quién, no sería extraño que fuera entrecortada— no es difícil advertir que ese tono no es casual. Antes al contrario, su deliberada insistencia en la broma consonante, en todo lo que pueda mantener a raya la tentación de la neutralidad que se agazapa en el estilo académico, puede ser la manera de acertar con el único tono que quizás convenga al asunto: el de cierta socarronería burlona ante el asesino, último baluarte de resistencia frente a su intento, tantas veces exitoso, de matar el cuerpo, y sobre todo el alma, de quien se atreve a plantarle cara.

Hay que agradecer a Fernando Savater varias cosas en relación con este libro. En primer lugar, lo que de verdad histórica hay en su participación incansable en la desobediencia civil frente a los varios tiranos que ha venido padeciendo España en el último siglo. También la inspiración innegable que ha supuesto para el autor, mucho más allá de lo literario, que queda de manifiesto en las innumerables menciones a su nombre en las más de cuatrocientas páginas del libro. Y, por último, la invitación a

leerlo que lanzó hace algunas semanas desde su columna en *The Objective*, ese pequeño refugio subjetivo que, a buen seguro, es uno de los pocos espacios de la prensa española al que merece estar atento, día a día, por si, como un regalo caído del cielo, apareciera alguna entrega inesperada.

Que *La tribu caníbal* no agota las necesarias explicaciones sobre la extraña situación en que vive España no hace falta decirlo. Valiente en la elección de los temas; rigurosa en la selección de las fuentes y, en especial, en el recuerdo de los detalles; justa en el reconocimiento de aciertos y errores y de pérdidas y ganancias de cada cual; audaz en el estilo, merece el tiempo de su lectura. Su contribución es valiosa, por encima de todo, porque apunta a la posibilidad de vivir en una sociedad mejor, más justa, donde el sufrimiento de los inocentes no sirva para apuntalar los privilegios de nadie y, menos aún, de los torturadores y asesinos. ¡Que sea ya!

Juan Diego González Sanz